



## DIOS ESTA DONDE HAY AMOR.

**H**ABIA en una ciudad un zapatero remendón llamado Martin Avdieitch. Ocupaba una covachuela iluminada por una ventana. La ventana daba á la calle; véase pasar la gente; y aun cuando Martin sólo veía los pies de las personas, conocíalas por las botas.

Mucho tiempo llevaba allí, y conocía mucha gente. Era raro que un par de botas no pasara dos ó tres veces por sus manos. A unas, echaba medias sueltas; á otras, remiendos; á veces ponía tapas nuevas. Y á menudo veía á través de la ventana la obra prima, labor de sus dedos.

Avdieitch tenía mucho trabajo, porque trabajaba con esmero, ponía buen material, no llevaba caro á nadie y entregaba los encargos con puntualidad. Y todos le apreciaban, y jamás holgó falto de tarea.

En todos tiempos había dado muestras Avdieitch de ser un mozo honrado. Pero al entrar en años púsose á pensar más que nunca en su alma y en acercarse á Dios. Cuando aún trabajaba en casa de su patron, murió su mujer dejándole un niño de tres años.

Ninguno de sus hijos vivía; perdió los primeros que tuvo. Al principio quiso enviar su hijo al campo, á casa de su hermana; después le dió pena y pensó:

—A mi Kapitochka le sería demasiado duro vivir con una familia extraña. Quiero tenerlo conmigo.

Y Avdieitch abandonó á su patron y se estableció por su cuenta con su hijo. Pero Dios no bendijo á Martin en su descendencia. Cuando Kapitochka comenzaba á crecer y ayudar á su padre cayó enfermo, desmedróse durante una semana y murió.

Avdieitch dió sepultura á su hijo y desesperó de todo. Sentíase Martin tan desdichado que á menudo pedía la muerte al Señor, acusándole de no habersele llevado á él que era un viejo, en lugar de á su hijo único y adorado. Hasta cesó de frecuentar la iglesia.

Cátate que un día, hacia Pentecostés, llegó á casa de Avdieitch un paisano suyo, un peregrino siempre errante desde ocho años

hacia. Charlaron, y quejóse Martin amargamente de sus desventuras.

—Ya ni siquiera tengo afán por vivir, hombre de Dios—decía.—Sólo anhelo morir. Eso es todo cuanto á Dios imploro. Ahora ya no tengo esperanza ninguna.

Y el viajero le respondió:

—No está bien hablar así, Martin. No nos corresponde juzgar lo que Dios ha hecho; esto es superior á nuestra inteligencia. Sólo Dios es Juez de lo que hace. Ha resuelto que tu hijo muriese y que tú vivieras: será que vale más que así sea. Y tu desesperación proviene de que quieres vivir para tí, para tu propia felicidad.

—¿Y para qué vivimos?—preguntó Avdieitch.

Y dijo el anciano:

—Es preciso vivir para Dios. El es quien te da la vida, para El debes vivir. Cuando comiences á vivir para El, ya no tendrás penas y lo sobrellevarás todo fácilmente.

Martin guardó silencio un instante. Después replicó:

—¿Y cómo vivir para Dios?

Y contestó el viejo:

—¿Cómo vivir para Dios? Cristo lo ha revelado. ¿Sabes leer? Compra el Evangelio y lee. En él aprenderás cómo es necesario vivir para Dios. Allí encontrarás respuesta á todo lo que preguntas.

Estas palabras llegaron al corazón de Avdieitch. El mismo día salió á comprar un Nuevo Testamento en letra gorda, y se puso á leerlo.

Sólo quería leer durante los días de fiesta; pero, una vez que hubo comenzado, sintió tal sosiego en el alma, que tomó la costumbre de recorrer todos los días algunas páginas. A veces quedaba tan absorto con la lectura, que consumía todo el petróleo de la lámpara sin poder dejar el santo libro.

De esta suerte, leía todas las noches. Y cuando más bien leía, con mayor claridad comprendía lo que Dios le mandaba y cómo hay que vivir para Dios; el gozo penetraba más y más dentro de su corazón.

Antaño sucedíale ántes de acostarse entrarle ganas de suspirar y gemir, evocando el recuerdo de Kapitochka. Hogaño contentábase con decir:

—¡Gloria á Tí, gloria á Tí, Señor! ¡Hágase tu voluntad!

Desde ese tiempo, la vida de Avdieitch cambió por completo. Antes entraba los días

de fiesta á beber té en el *traktir*, y tampoco se privaba de un vaso de *vodka*. A veces dejábase arrastrar á beber con un amigo; y al salir del *traktir*, si no borracho un poco alegre, poníase á decir locuras, á dar gritos é injuriar á los transeuntes.

Pero todo eso estaba ya lejano. Ahora se deslizaba su vida apacible y feliz. Ponía manos á la obra desde el alba, y concluída su tarea, descolgaba la lámpara, poníala sobre la mesa, sacaba el libro del estante, lo abría y comenzaba á leer. Y cuanto más leía más comprendía y más serena quedaba su alma.

Sucedíole una vez quedarse leyendo hasta más tarde de lo que tenía por costumbre. Estaba entónces en el Evangelio segun San Lucas. En el capítulo VI leyó los versículos siguientes:

“Y al que te hiriere en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que te quite la capa no le impidas también llevar la túnica.

“Da á todos los que te pidieren: y al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas á pedir.

“Y lo que queréis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos.”

En seguida leyó los otros versículos, donde el Señor dice:

“¿Por qué, pues, me llamis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?

“Todo el que viene á mí, y oye mis palabras, y las cumple, os mostraré á quién es semejante:

“Semejante es á un hombre que edifica una casa, el cual cavó y ahondó, y cimentó sobre la piedra; y cuando vino una avenida de aguas, dió impetuosamente la inundación sobre aquella casa, y no pudo moverla: porque estaba fundada sobre piedra.

“Mas el que oye y no hace, semejante es á un hombre que fabrica su casa sobre tierra sin cimiento, y contra la cual dió impetuosamente la corriente, y luego cayó: y fué grande la ruina de aquella casa.”

Avdieitch leyó estas palabras y llenóse de regocijo su corazón. Se quitó las gafas, las dejó encima del libro, se puso de codos en la mesa y se quedó pensativo. Y comparó sus propios actos con sus palabras, y dijo para sus adentros:

—¿Está fundada mi casa sobre roca ó sobre arena? Bueno fuera que lo esté sobre roca. ¡Se siente uno tan satisfecho, estando solo, si se ha obrado como Dios manda! Mientras que si se deja uno apartar de Dios, pue-

de caerse en el pecado. Voy á proseguir; esto es muy bueno. ¡Dios me asista!

Después de haber meditado así, quiso acostarse. Pero le costaba mucho trabajo dejar el libro. Y se puso otra vez á leer el séptimo capítulo. Leyó la historia del Centurion y del hijo de la viuda; leyó la respuesta de Jesús á los discípulos de San Juan. Llegó al pasaje en que el rico fariseo convidó en su casa al Señor; leyó cómo le ungió los pies la pecadora y los lavó con sus lágrimas, y cómo El la perdonó sus pecados. Llegó luego al versículo 44, y leyó:

“Y volviéndose hacia la mujer dijo á Simon: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies; mas ésta con sus lágrimas ha regado mis pies y los ha enjugado con sus cabellos.

“No me diste beso; más ésta, desde que entró no ha cesado de besarme los pies.

“No unguiste mi cabeza con óleo; más ésta, con unguento, ha ungido mis pies.”

Leyó este versículo y pensó:

“No me diste agua para los pies, no me diste beso, no unguiste mi cabeza con óleo.”

Y Avdieitch se quitó de nuevo las gafas, dejó el libro y se puso á meditar.

—Sin duda, era como yo ese fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí: con tal de beber té, estar calentito y no faltarme nada, no pensaba yo lo más mínimo en el convidado. Sólo me ocupaba de mí, y del convidado nada. ¿Y quién es el convidado? ¡El Señor mismo!... ¿Y si hubiese venido á mi casa, hubiera obrado yo de esa manera?

Y con la cabeza apoyada en ámbas manos, durmióse Avdieitch sin darse cuenta de ello.

—¡Martin!—exclamó de pronto una voz junto á sus oídos.

Martin se despertó, sobresaltado, de su modorra.

—¿Quién va?

Volvió la cabeza, miró á la puerta: no había nadie.

Otra vez se quedó dormido.

De repente oyó con suma claridad estas palabras:

—¡Martin! ¡Eh, Martin! Mira mañana á la calle. Vendré á verte.

Despabilóse Avdieitch, se levantó de la silla y se frotó los ojos. El mismo ignoraba si había oído estas palabras en sueños ó en realidad.

Apagó la lámpara y se acostó.

A la mañana siguiente se levantó ántes de la aurora, dirigió sus preces á Dios, encendió la hornilla, puso en ella á cocerse el *stechi*, col fermentada, *Kacha*, hizo hervir agua en el *samovar*, atóse el mandil y se sentó á trabajar en la ventana.

Y mientras trabajaba, acordábase de lo que la víspera le sucedió; y no sabía qué pensar. Unas veces le parecía haber sido juguete de una alucinación; otras, que realmente le habían hablado.

—Son cosas que ocurren—dijo para sí.

Continuó Martin trabajando y mirando por la ventana; y si pasaba alguien con botas desconocidas para él, encorvábese para ver al través de la ventana, no sólo los pies, sino también la cara.

Pasó un portero (*dvornik*) con botas de fieltro (*valenki*) nuevas; luego el aguador; después un soldado veterano del tiempo de Nikolai, calzado con *valenkis* viejas, á las que había echado ya soletas; y armado con una larga pala de madera.

Llamábase Stepanitch y vivía en casa de un mercader vecino, quien le tenía recogido por caridad. Estaba encargado de ayudar á los *dvorniks*.

El veterano se puso á *espalear* la nieve delante de la ventana de Avdieitch. Este le miró y continuó su tarea.

—No cabe duda de que esoy bien majadero al atisbar así—pensaba Avdieitch, burlándose de sí mismo. —Es Stepanitch que está *espaleando* la nieve, y me figuro que se Cristo

que viene á verme. Soy un mentecato que desvaría.

Sin embargo, al cabo de otras diez puntadas, miró de nuevo por la ventana; y vió á Stepanitch, quien, apoyando la pala á la pared, descansaba y entraba en calor.

—Es viejo ese buen hombre—se decía Avdieitch. Se ve que ya ni siquiera tiene fuerza para *espalear* la nieve; quizá le viniera bien darle té y precisamente está á punto de enfriarse mi *samovar*.

Clavó la lezna en el banco, se levantó, puso el *samovar* en la mesa, echó agua caliente en la tetera y tocó en la ventana. Volvióse Stepanitch y se aproximó. El zapatero le hizo una seña y fué á abrir la puerta, diciéndole:

—Entra á calentarte; debes de estar con frío.

—¡Cristo sea con nosotros! Sí, es verdad, me duelen los huesos—respondió Stepanitch.

Entró el anciano, sacudióse la nieve de los pies, los enjugó por miedo de ensuciar el piso entaimado, y vaciláronle las piernas.

—No te tomes la molestia de secarte los pies; ya limpiaré esto—dijo Avdieitch. Eso no importa nada; ven á sentarte y tomá un poco de té.

Llenó dos vasos y alargó uno de ellos á su huésped; él derramó el suyo en la salvilla y se puso á soplar encima.

Bebió Stepanitch, volvió el vaso boca abajo, puso encima el azúcar sobrante y dió las gracias. Pero veíase que aún quería más.

—Toma otra vez, dijo Martin.

Y de nuevo llenó ámbos vasos.

Mientras bebía, Avdieitch miraba á cada momento á la calle.

—¿Esperas á alguien?—le preguntó el huésped.

—¿Si espero á alguien?—Vergüenza me da decir que sí. No sé si tengo razón ó no para esperar, pero he oído unas palabras que me han llegado al corazón... ¿Sería un sueño ó no sé qué?... Oye, hermano; leía yo ayer el Evangelio de nuestro buen padre Jesucristo, cuánto sufrió, cómo anduvo por la tierra. ¿Habrás oído hablar de esto, no es así?

—Sí, he oído hablar de ello—respondió Stepanitch. Pero nosotros los ignorantes no sabemos leer.

—Pues bien; leía yo cómo andaba *El* por la tierra... ¿Sabes? He leído cómo entró en casa del fariseo y cómo éste no salió á recibirle. Leía yo, pues, hermano mío, esto ayer precisamente, y pensaba: “¿Cómo es posible no reverenciar lo mejor que se pueda á nuestro Padrecito Cristo? Si, ponga por caso, me sucediera á mí (como á cualquier otro) una cosa semejante, ni siquiera sabría cómo agasajarle con todo el respeto debido. ¡Y el fariseo no *Le* acogió bien!” He aquí lo que yo pensaba. Y cuando estuve adormecido, hermano, oigo que me llaman por mi nombre. Me levanto, y la voz murmura junto á mí, y dice: “Espérame, vendré mañana.” Y así, dos veces de seguido... ¿Pues bien! ¿Quieres creerme? Se me ha quedado eso en la cabeza. ¡Por más que me reprendo á mí mismo! *Le* espero siempre, á *El*, á nuestro Padrecito!

Stepanitch meneó la cabeza sin contestar. Acabó el vaso y lo puso boca abajo en el platillo; pero Avdieitch lo levantó de nuevo y volvió á echar té.

—¡Toma y de salud te sirva! Pienso que *El*, nuestro Padrecito, cuando andaba por el mundo, no rechazaba á nadie y buscaba, sobre todo, á los humildes. Siempre entraba en casa de los humildes; *Sus* discípulos los tomó de entre nosotros, pescadores, artesanos como nosotros. “El que se ensalza será humillado decía; el que se humilla será ensalzado... Vosotros me llamáis Señor, dice, y yo os lavo los pies á vosotros; el que quiera ser el primero, debe ser el servidor de los otros... Porque, dijo, bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.”

Stepanitch se había olvidado del té. Era un hombre viejo y sensible. Escuchaba y corríanle las lágrimas á lo largo de las mejillas.

—¡Anda, toma otro poco más!—le dijo Avdieitch.

Pero Stepanitch hizo la señal de la cruz, apartó el vaso y se levantó.

—Te doy las gracias, Martin Avdieitch, por haberme tratado de este modo, y haberme satisfecho el alma á la vez que el cuerpo.

—Para servirte. Hasta otra vez. Siempre me agrada que vengan á verme—dijo Avdieitch.

Marchóse Stepanitch.

Martin echó para sí el resto del té, se lo bebió, quitó la vajilla y volvió á sentarse junto á la ventana á trabajar.

Se pone á coser, y mientras cose mira por la ventana y espera á Cristo. Y no hace más que pensar en *El*, y repasa en su memoria lo que *El* hizo y habló.

Pasaron dos soldados, el uno con botas de ordenanza, el otro con botas suyas; luego un *barin* con zapatos de charol; después un panadero con su banasta.

Y héte aquí que frente á la ventana apareció una mujer con medias de lana y zapatos de campesina. Pasó más allá de la ventana y se detuvo arrimada á la pared. Avdieitch, inclinándose, mira al través de los vidrios. Ve una mujer forastera, con una criatura en brazos, apoyada en la pared y vuelta de espaldas al viento. Tratada de abrigar á su hijo, pero sin lograrlo, porque no tenía nada con que arroparle. Aquella mujer llevaba vestidos de verano en malísimo estado.

Y tras de la ventana, Avdieitch oyó al niño gritar y á la madre consolarle, pero sin conseguirlo.

Levantóse, abrió la puerta, salió y se puso á gritar en la escalera:

—¡Buena mujer! ¡Eh, buena mujer!

La forastera le oyó y volvióse hacia él.

—¿Por qué te quedas al frío con tu hijo? Entra en mi habitacion y estarás mejor para cuidarle... ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Suspensa la mujer, ve un viejo con mandil y anteojos, quien le hace señas de que venga. Le sigue, baja los escalones y entra en la covachuela. Y el viejo la dice:

—Aquí, ven aquí. Siéntate más cerca del hornillo. Calientate y da de mamar á tu chiquitín.

—Es que me he quedado sin gota de leche—respondió ella. Desde esta madrugada no he comido ninguna cosa.

Y, sin embargo, puso al pecho su criatura.

Avdieitch meneó la cabeza. Acercóse á la mesa cogió pan y un tazón, abrió el hornillo donde se cocía el *stechi*, sacó un puchero de *kacha*; pero como la *kacha* no había tenido tiempo de hervir, echó solamente *stechi* en el tazón y lo puso encima de la mesa. Partió pan, descolgó una servilleta y puso el cubierto.

—¡Siéntate y come, buena mujer! Te tendré un poco el niño. Yo también he tenido hijos y sé atenderlos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso á la mesa y comió; mientras tanto, Martin, que se había sentado en la cama con el niño, le echaba besos para consolarle. Como la criatura no cesaba de llorar, Avdieitch inventó amenazarle con el dedo, aproximándose y alejándolo alternativamente de sus labios, pero sin metérselo en la boquita, porque lo tenía negro de pez. Y el nene, mirando fijamente el dedo, cesó de llorar y hasta echóse á reír, con gran contento de Avdieitch.

En tanto que comía, refirió la forastera quién era y de dónde venía:

—Soy mujer de un soldado. A mi marido le hicieron marchar hace ya ocho meses, y no he vuelto á tener noticias de él. Vivía yo de mi oficio de cocinera, cuando parí; con un niño, no han querido conservarme, y va para tres meses que estoy sin colocación. Me he comido cuanto tenía; quise ponerme á criar co-



En cada corazón americano,  
Cada uno de los dos, su augusta imagen.  
Y de América siendo los patronos  
Que ella invoque en las serias tempestades,  
La firmeza obtendrá que ellos tuvieron,  
Su confianza y valor incontrastables.  
Y dirá en la portada del gran libro  
Que de América guarde los anales:  
"La religión sublime del cariño  
De los hijos que ruegan á sus padres,  
Os piden que amparéis el Nueve Mundo,  
Pues sois sus protectores naturales,  
¡Santa Isabel primera, Reina heroica!  
¡San Cristóbal Colon, profeta y mártir!"  
Siga en tanto la luz de la memoria  
Alumbrando la marcha del gigante,  
A quien debe aplicarse el "non plus ultra"  
Que su moneda ostenta en los pilares.  
Esa nación insigne y valerosa,  
Lanzándose á lo ignoto con sus naves,  
Aún penetraba en espantosas grietas  
Cual esa á que dió nombre Magallanes.  
Y sus quillas surcaron atrevidas  
Del planeta los más remotos mares,  
Y al dar la vuelta al derredor del globo  
De un gran problema apareció triunfante.  
Sólo donde la luz no ha penetrado  
Y do temen llegar los huracanes,  
No ha puesto esa Nación su inmenso sello.  
¿Y otra antes que ella lo pondrá? ¿Quién sabe!  
A ese mundo por ella descubierto,  
Que Indias denominaba Occidentales,  
Lo cubrió de Naciones infinitas,  
Dándoles vida con su propia sangre.  
Se despobló á sí misma por dotarlas  
De invencibles y férreos capitanes,  
Como aquel que incendió sus propios barcos  
Trás peligros sin fin para lanzarse.  
Como de éste el altivo compañero  
Que acosado por fuerzas formidables,  
Con el salto mayor que ha visto el mundo  
De un sacrificio atroz pudo salvarse.  
¡Oh! cuán triste es que guarden cruel silencio  
Los que aplausos gozando universales,  
Desdeñan empuñar la épica trompa,  
Cual lo hacen Campoamor y Núñez de Arce!  
¡Qué filón de portentos menosprecian,  
Repleto de riquísimos metales;  
Cuando de esta conquista los guerreros  
Para Homero serían envidiables!  
Fueron esos guerreros temerarios  
De tan valiosa joya los guardianes,  
Cuando de ella los pueblos de la tierra  
Pugnaban con afán por adueñarse.  
Y defendía España sus dominios  
Cual desconfiado avaro sus caudales,  
Con la fiera altivez de su derecho  
Que á todas luces era indisputable.  
¿Quién le reprocha que en aquellos tiempos  
Hiciera de su fuerza tanto alarde,  
Si feroces los pueblos se destrozan  
Por estéril islote en los actuales?  
Que tiene, dicen, manchas en su historia,  
Para algunos tal vez imperdonables,  
Sin ver que al sol que alumbró el Universo  
Jamás le empequeñecen sus lunares.  
Porque España es también un sol fecundo  
Cuya luz, prodigándola á raudales,  
Le dió á la tierra nuevos horizontes  
Cuyo existir jamás sospechó nadie.  
De Europa absortas las demás Naciones  
A tal altura viéndola elevarse,  
Determinan seguir de sus navios  
Trás la estela espumosa y fulgurante.  
Pero en vez de seguir los derrotos  
Que les trazaba España infatigable,  
Donde muy bien satisfacer pudieran  
De su ambición y su codicia el hambre,  
Se lanzan llenas de rastroera envidia,  
Y á guisa de asesinos miserables,  
Lo que la noble España ha conquistado  
Impotentes queriendo arrebatarle.  
Luego infestan de América las costas  
Filibusteros crueles en falanjes,  
Que por fortuna suya merodean  
En inermes y míseros lugares.  
En tanto recibía el Nuevo Mundo  
La melodiosa lengua de Cervantes,  
La religión y leyes de Castilla,  
Sus hidalgas costumbres y carácter.  
Y aunque España le dió cuanto tenía,  
Como hace toda cariñosa madre,  
No siempre los que obraban en su nombre  
A su intención correspondieron leales.  
Y no obstante, cambió la faz del mundo;  
Estimuló á los pueblos navegantes,  
Y al extender los límites del globo,  
Les dió á las ciencias infinito ensanche.  
Ella es, pues, la Nación benefactora  
Y á la que, tributándole homenaje,  
La humanidad debiera agradecerle  
De España sólo al nombre ¡arrodillarse!

JUAN J. CAÑAS,  
Salvadoreño.

El Sr. Cañas se encuentra actualmente en México, y es Secretario de la Legación de la República Mayor.—La poesía anterior fué publicada por EL CORREO ESPAÑOL, el cual la acompañó del siguiente artículo:

"Cuando llegó á esta Metrópoli el personal de la Legación de la República Mayor de Centro América, no nos era desconocido el nombre de su Secretario el General D. Juan J. Cañas. Refrescando nuestra memoria, recordamos que, en efecto, en la República del Salvador había brillado alguna vez por sus talentos, durante la Administración del Presidente Zaldívar, un joven apreciado entre los literatos americanos por su saber, su ilustración y la fecundidad de su musa.

Y no nos equivocamos: Cañas era el mismo literato de altos vuelos que venía con una representación diplomática, cerca del Gobierno mexicano, como Secretario de la Legación ya mencionada en líneas anteriores.

Mucho tendríamos que decir en abono de tan distinguido escritor si nos dejáramos guiar por las impresiones que hemos sentido al leer sus versos; pero no disponemos de espacio suficiente y, por otra parte, sus admiradores han dicho lo suficiente para que nosotros no intentemos sino ser breves en este caso. Sin embargo, si algo dijéramos del Sr. Cañas sólo sería siempre para hablar de sus méritos, que lo aquilatan como un corazón hidalgo que sabe sentir y como castizo poeta cuya musa ha bebido en fuentes de inspiración riquísima y se ha elevado á altura indecible. Cañas rima sin esfuerzo y con esa sencillez peculiar en los poetas latino-americanos. El lenguaje que usa no es el simple esbozo de una idea, es todavía más: es un acabado pensamiento engarzado en delicadas frases que encierran sonoridades sinnúmero. Salvadoreño, y por consiguiente patriota, Cañas cambió alguna vez la lira llena de laureles por la espada, para defender la integridad centro-americana, amenazada por los filibusteros de los Estados Unidos que tiñeron de rojo los hermosos campos de esmeralda de la República nicaragüense. Y al propio tiempo que Cañas con valentía luchaba por el territorio sagrado de la patria común, lanzaba al viento acentos tirtáicos y épicos cantares que encendían más la sangre de los patriotas y movían con celeridad los corazones de los oprimidos. Esta es la página más brillante de nuestro poeta. Ennoblecíó en aquel entonces la causa centro-americana con su valor y se hizo popular en grado sumo en Nicaragua, donde sus hermosos versos aún se recitan con júbilo en todos los centros sociales.

No queremos esforzarnos en hacer una biografía del Sr. Cañas; relatamos uno de sus principales hechos que le cubrieron de gloria y le dieron innumerables prestigios.

Después de la lucha, el poeta sirvió á su patria en diferentes importantes puestos. Escaló la diplomacia con felicidad y fué Ministro Plenipotenciario del Salvador en Chile, alcanzando grandes afectos durante su misión en aquel culto país.

Los literatos chilenos comprendieron, á poco de tratar al Sr. Cañas, la joya literaria que entre ellos había; estrecharon con cariñosa efusión la mano del inteligente bardo y le dieron cabida en las academias; en los centros literarios y en las cátedras de más nombre. Después de una misión felicísima regresó al Salvador en donde continuó siendo honrado por diferentes gobiernos con delicadas comisiones, ora civiles, ora militares, á las cuales ha correspondido con habilidad y acrisolada honradez.

Tan ilustre salvadoreño es uno de los fervientes admiradores de España. Las luchas emprendidas por nuestra patria en defensa de su integridad y de su honor castellano han hecho que el Sr. Cañas cante nuestra gloria en valientes estrofas, en las cuales vibra la nota del patriotismo. Á esas estrofas las animan acentos bélicos que entusiasman y notas purísimas de un amor refinado, que desde luego enseñan que el que las concibió lleva dentro del pecho una alma grande.

EL CORREO ESPAÑOL engalana sus columnas con una composición por él escrita en loor de nuestra patria, á la que califica de la nación más grande, y que ha de producir pal-

pitaciones de júbilo y de entusiasmo en las almas españolas que se deleiten con su lectura, en estos momentos en los que no faltan la diatriba y la ofensa pronunciada en contra de nuestra potente nacionalidad.

No han sido vanos los aplausos tributados al eximio escritor en aquellas lejanas tierras donde tiene levantados mil altares el patriotismo de sus hijos. El Salvador debe de enorgullecerse de contar con un poeta de la talla de los de Cañas, que, como Imendia, Gavidia, Galindo, Castro y otros, forman el ramillete más exquisito de inspirados bardos de aquella simpática circunscripción centro-americana.

#### LASCIATE OGNI SPERANZA.

¿Te acuerdas? la confusa caravana  
El llano y la arboleda recorrió  
Y aquel aire sutil se estremecía  
A la doliente voz de la campana.  
Volaba al cielo la oración cristiana  
En la hora solemne. Anocheceía...  
¡Ay! entonces llevaba el alma mía  
La mejor parte en la tragedia humana!  
Hoy... puedo ver, al rayo vespertino,  
Los cambios singulares del destino;  
Y, como emblema del dolor eterno,  
Escrito lleva el corazón amante  
Aquel letrero aterrador que el Dante  
Grabó sobre las puertas del infierno!

Eduardo Ortega.

## PROTECCION DE MARIA.

### MARIA

REFUGIO DE PECADORES.

#### I

**P**EDRO descendía de una familia y especialmente de unos padres verdaderos modelos de honradez y de virtud cristiana.

Creció y formóse, llegando á ser hombre, y heredando de sus predecesores toda su hombría de bien, y bastante, aunque no tanto como de desear hubiera sido, de su religiosidad, en lo cual influyó principalmente el haber tenido que separarse á los quince años de su lado para entrar en la carrera comercial en calidad de principiante.

No eran de mala índole, ni mucho menos, sus principales; pero en la casa no era él el solo dependiente, y en la escuela de éstos, no en la de aquellos, fué la en que se vino Pedro á formar.

Resultando de ello, que prefería el drama á la misa; las francachelas á la oración, la ópera á la misa mayor, y que no teniendo quien muy de cerca vigilase sus cosas, trocó el devocionario por la novelita de Sué y de Dumas, el rosario por los dijes, y el credo católico por las ideas entonces ya dominantes de libertad y otros adelantos por el estilo.

Así llegó Pedro á la edad viril, y así fué avanzando en sus dos cursos naturales, el de la vida y el de la profesión á que se le había dedicado.

Hombre de ingenio y de excelentes dotes, no se contentó con seguir los rutinarios principios que se le habían inculcado al empezar su carrera, sino que buscó el perfeccionamiento y los adelantos para obtener él mas provecho material junto con algo de esa gloria efímera que el mundo da por única y más grande recompensa á los desvelos, á los constantes trabajos de los hombres que en las cosas de la tierra sobresalen.

De tarde en tarde, y cuando para dar alguna tregua á su incesante actividad, iba á pasar algunos días entre su familia, veíase naturalmente precisado á seguir las inveteradas prácticas de la casa.

Mas esto era de tarde en tarde; los intervalos que separaban estos días entre sí eran tan largos, que apenas si quedaba en su corazón rastro leve de aquella especie de ráfaga

que venía á estremecer por unos momentos sus fibras.

II

Llegó por último un día de estos que forman época en la vida de todo hombre y de toda mujer: Pedro se casó.

Permitidme que traslade aquí el principio de la carta que con este motivo le envió su padre, y cuyo original tengo la satisfacción de conservar en mi poder.

Dice así:

“La dadora de la presente es tu madre, que viene para acompañaros en la celebración de tus bodas, las que no dudo serán alegres, si procuras convidar á ellas á Jesús y á María Santísima, y al mismo tiempo recibes el Santo Sacramento del Matrimonio en gracia de Dios Nuestro Señor. Y debes saber también que á la que va á ser tu esposa la debes mirar como á una fiel compañera tuya, y no como á servidora. Y debes persuadirte de que es joven, y al mismo tiempo que las mujeres son regularmente de condición mucho más débil que los hombres, y por lo tanto debes tratarla con mucha suavidad y amor, y debes compadecerte sus penas y flaquezas, pues que ella bastante trabajo tendrá en sufrir las tuyas. Y siendo la paz y union tan necesarias entre marido y mujer, cualquier sacrificio debes hacer para guardarlas, y te doy estas instrucciones porque deseo tu felicidad.”

Su madre no le dijo todas estas cosas, pero sí hizo lo que no suelen hacer en nuestros días muchas madres.

Aconsejó á su hijo que fuese buen cristiano, que volviese á la práctica de las virtudes que ella y su padre le habían enseñado niño, y que no olvidase jamás que en el cielo hay una Señora, que es nuestra Madre espiritual, que olvida las ofensas, que ruega constantemente á Dios por los pecadores que á su amparo se acogen, y que siempre está dispuesta á recibirnos en sus brazos.

Y terminó su plática ofreciendo á su hijo un regalo digno de la piedad de la que lo hacía, y que debía ser al que lo recibía más útil que muchos de los fútiles regalos que hoy á sus hijos é hijas les hacen muchas madres en iguales circunstancias.

Era aquel regalo una imagen de la *Virgen Dolorosa*.

III

Veinte años se deslizaron despues.

Pedro no había pensado más en las recomendaciones de sus padres, y tal vez á este olvido se debían los acontecimientos que ya desde un principio habían venido á amargar la existencia tranquila que de soltero llevaba.

Dos años despues de casados Pedro y Dolores tuvieron que separarse.

Durante este espacio de tiempo no se cuidó el marido de hacer germinar en el corazón de su mujer la semilla del bien y de la virtud que en todos los matrimonios es la única, la exclusiva base del bienestar, de la felicidad en la tierra: y ella no vió en él más que á un compañero de goces y de complacencias.

A consecuencia de esto, cuando un día vino una porcion de contrariedades á echar por tierra la fortuna de su esposo, Dolores no creyó conveniente participar de las privaciones á que debía someterse si continuaba al lado de su marido.

Y le abandonó, abandonando al propio tiempo á un tierno niño de pocos meses que había sido el primero y que fué el único fruto de su union.

Explicaros lo que á este suceso se siguió, cosa fuera de ocupar no algunas páginas, sino algunos números de este periódico.

Concretándome, pues, á lo que más íntimamente está ligado con nuestra historia, os diré que el hijo de Pedro creció al lado de éste educándose en una escuela todavía peor que la en que se había formado en su juventud el padre.

Pero con la diferencia de que Pedro adquirió sus erróneas ideas lejos de su familia,

miéntras que Manael las recibió de su mismo padre.

En muchos de los actos de verdadero salvajismo cometidos durante los años de la revolución figuró poco ménos que en primera fila el hijo de Pedro.

Y éste aplaudía á Manuel, y Manuel era ya hombre y prometía hacer dolorosos adelantos en su carrera, cuando una noche, sin que se supiera cómo, sintióse el joven atacado de un extraño malestar... y á las veinte horas había ya dejado de existir en los brazos de su padre que delirante, horrorizado, no sabía darse cuenta de aquel tan cruel infortunio.

IV

Padre é hijo vivían solos, sin persona que los cuidase, sin amigos, sin relaciones, y hasta alejados de sus mismos parientes merced á las extrañas ideas que en religion y en política habían abrazado.

Pedro debió, por lo tanto, vestir el cadáver de su hijo, á cuyo efecto escogió lo mejor que entre las ropas de éste encontrar pudo para ponérselo, ya que tampoco había otro á quien se lo debiera ofrecer.

Había llegado á olvidar el infeliz, que á nuestras puertas llaman todos los días desventurados seres que recibirían con indecible gratitud una prenda con que cubrir su desnudez.

Y ved ahí que al revolver aquellos cajones un objeto extraño vino á tropezar con sus manos: era un papel cuidadosamente doblado en forma de carta.

Miró el sobre, y reconoció en él la letra de su hijo: el sobre iba dirigido á él.

—Una de sus cartas que tanto bien me hacían cuando le tenía ausente,—murmuró.

Y con la alegría con que gozamos en renovar los recuerdos de cosas que tal vez desgarraron nuestro corazón, desdobló el papel y leyó.

La carta traía la fecha del día anterior.

—Es extraño...—balbuceó.

Y ya con ansiedad, devoró, más bien que leyó, el contenido de aquel escrito, en que Manuel anunciaba al autor de sus días que no sabiendo cómo evitar los disgustos que cada día miraba ir acumulándose sobre él, había juzgado lo más conveniente acabar con aquella existencia, y añadiendo:

“Poner hijos en el mundo para que tengan de vivir sin goce alguno es un delito, una ofensa que ningun desgraciado puede perdonar á su padre.”

Pedro sintió que una nube cubría sus ojos, y sintiendo doblársele las rodillas, asió con fuerza el cajon de la cómoda que abierto estaba.

Mas el cajon no pudo sostenerle, y ámbos cayeron confundidos sobre el pavimento.

Al volver en sí tendió Pedro una mirada en torno suyo y se incorporó para fijar sus ávidos ojos en otro objeto de muy distinta índole.

Cogió el infeliz padre aquel objeto que al caer el cajon había rodado al suelo, y lo contempló con un arrobamiento mezclado de dolor y de esperanza.

Era aquel objeto la imagen de la Virgen Dolorosa, que su buena madre le había regalado veinte años atrás.

—¡Señora! ¡Madre de Dios!—prorrumpió el desgraciado sollozando....

Pero sus labios no pudieron articular otra frase, porque las lágrimas embargaban su voz.

Pedro no sobrevivió un año á su hijo: pero no murió como él.

La Virgen piadosa oyó las fervorosas súplicas del que por tantos años se olvidara de su amor, y Pedro descansa hoy en el Señor merced á la poderosa intercesion de la que es por excelencia *Refugio de los pecadores*.

F. LUIS OBIOLS.

ESTROFAS DEL CANTAR DE LOS CANTARES.

Vox torturis audita est...

I

Levántate, alma mía:  
pasó el helado invierno,  
y se engalana el valle rumoroso,  
y se agita de júbilo el desierto.  
La higuera reverdece  
al pie de la colina,  
y esparcen en el aire silencioso  
fragante olor las florecientes viñas.

II

Despuntan ya las flores  
en el gentil collado,  
y el arrullo amoroso de la tórtola,  
ya resuena en el fondo de los campos.  
Levántate, alma mía:  
que viene la mañana,  
y, al beso de la luz que la enamora,  
se estremece la tierra alborozada.

III

Yo soy la flor del campo  
y el lirio de los valles,  
y eres tú cual la tímida azucena  
que humilde tiembla en solitaria márgen.  
Son frescas tus mejillas,  
como las blancas rosas  
que fecundiza del Jordán sagrado  
la corriente veloz y caudalosa.

IV

¡Levántate, alma mía,  
y suene á mis oídos  
tu blanda voz gentil y cariñosa  
como el rumor del agua fugitiva,  
y hasta que muera el día  
y las tinieblas caigan,  
iremos suspirando  
del majestuoso Líbano á la falda!

V

Tú eres sellada fuente,  
tú huerto misterioso  
que nadie holló, por nadie atravesado,  
ni nunca visto de mortales ojos.....  
Tu amor es más tranquilo  
que el valle cuando duermen  
los vientos abrazados y recogen  
el vuelo indócil de sus alas leves!.....

VI

Ya las tinieblas caen,  
y de la luna al rayo,  
de la montaña de Galaad descenden  
en blanca muchedumbre los rebaños.....  
¡Recoge de tus alas  
el vuelo poderoso,  
aquilon del desierto y, en el campo,  
céfiro esparza su ligero soplo!

MILK.

Mérida, Yucatan.

AVENTURA DE UN ALBAÑIL.

ERASE que se era en tiempo de entónces un pobre albañil de Granada que observaba todas las fiestas de los santos y los días feriados y el Lunes Santo y ese con mucha devocion, pero siempre iba á más pobre y apenas podía mantener su numerosa familia. Una noche despertó del primer sueño porque llamaban á la puerta. Abrióla y se le presentó un sacerdote alto y flaco que parecía un cadáver.

—Oyeme, buen hombre! dijo el extranjero. Tengo reparado que eres un buen cristiano en quien puede uno confiar: ¿quieres hacer un trabajo esta misma noche?

—De todo corazón, señor padre, con tal que se me pague en proporcion.

—Se te pagará, pero consentirás en que te venden los ojos.

No opuso objecion el albañil y así despues de vendado fué conducido por el sacer-

dote á través de varios callejones mal empedrados haciendo rodeos hasta que se detuvieron en el portal de una casa. Allí el padre sacó una llave que aplicó á una cerradura chilona y abrió una puerta que sonaba como si fuese muy pesada. Entraron, la puerta fué cerrada y echado el cerrojo y el albañil conducido por un corredor sonoro y una sala espaciosa á la parte interior del edificio. Allí se le quitó la venda de los ojos y se encontró en un patio mal alumbrado por una sola lámpara. En su centro estaba el estanque seco de una fuente morisca, debajo de la cual le rogó el padre que formase una pequeña bóveda con los ladrillos y la mezcla que tenía para este fin acopiados. Trabajó toda la noche, pero sin terminar la obra. Casi al amanecer el padre le puso una moneda de oro en la mano y atándole otra vez la venda lo condujo á su casa.

—¿Quieres, le dijo, volver á concluir el trabajo?

—Con mucho gusto, señor padre, si soy tan bien pagado.

—Bueno, pues volveré mañana á media noche.

Así lo hizo y la bóveda quedó terminada.

—Ahora, dijo el padre, tendrás que ayudarme á cargar los cadáveres que deben enterrarse en esta bóveda.

Se le erizaron los cabellos al pobre hombre oyendo estas palabras; siguió al padre con paso trémulo hasta un cuarto muy apartado de la casa aguardando ver algún temeroso espectáculo de muerte, pero se tranquilizó al ver tres ó cuatro botijas que había en un rincón. Sin duda estaban llenas de dinero y á fuerza de mucho trabajo pudieron entre él y el padre sacarlas y conducir las hasta su sepulcro. La bóveda fué cerrada, se volvió á empapar el piso y se borraron todas las señales del trabajo. El albañil fué vendido otra vez y llevado por un camino distinto al que habían traído. Después de recorrer un laberinto de encrucijadas y callejones, hicieron alto. El padre le puso en la mano dos monedas de oro:—Espérate aquí, le dijo, hasta que oigas tocar á maitines en la catedral. Si intentas quitarte la venda ántes de ese tiempo te sucederá una desgracia. Y al decirlo se marchó. El albañil esperó fielmente, entreteniéndose en tomarle el peso en la mano á las monedas de oro y haciéndolas sonar una con otra. Al punto que la catedral tocó la alborada se descubrió los ojos y se encontró en las orillas del Genil, desde donde se fué á su casa y por quince días gozó con su familia del producto de su trabajo nocturno, después de lo cual se quedó tan pobre como ántes.

Seguió trabajando algo, rezando mucho y observando las fiestas de los santos y los días feriados de todo el año ínterin su familia enflaquecía y estaba andrajosa como una cuadrilla de gitanos. Estando sentado una tarde á la puerta de su casa se le acercó un richo viejo y avaro que era afamado por tener muchas casas y ser un inquilino rapaz. El hombre adinerado lo miró algún tiempo á través de unas cejas ansiosamente contraídas.

—Me han dicho, amigo, que eres muy pobre.

—No hay para qué ocultar ese hecho, señor; habla de suyo.

—Creo por eso que te alegrarás de tener un trabajito y que lo harás barato.

—Tan barato, mi señor, como ningun albañil pudiera hacerlo en Granada.

—Eso es lo que quiero. Tengo una casa vieja que se ha arruinado y que en reparaciones me cuesta más dinero del que ella vale, porque nadie quiere habitarla; así, pues, desearía encalarla y mantenerla en pie al menor costo posible.

El albañil fué llevado á una gran casa desierta que parecía un patio interior donde le llamó la atención la vista de una antigua fuente morisca. Paróse un instante porque de aquel sitio le vino un recuerdo como de un sueño.

—Ruego á V., le dijo, me cuente quién vivía ántes en esta casa.

—Maldito sea él, exclamó el dueño, era un viejo pobre miserable que no se cuidaba de nadie mas que de sí propio. Dicen que era inmensamente rico y como no tenía parientes dejaría su riqueza á la Iglesia. Murió de repente y los padres y frailes acudieron á tomar posesion de su dinero; pero no pudieron encontrar más que algunos ducados en una bolsa de cuero. Yo llevé la peor parte, porque después de su muerte el pícaro viejo sigue habitando mi casa sin pagar alquiler y no hay ley contra los muertos. La gente pretende oír todas las noches el retintín del oro en el cuarto en que dormía el viejo, como si contase su dinero y á veces murmullos y lamentos en el patio. Verdaderos ó falsos, estos cuentos han dado mala fama á mi casa y ningun inquilino quiere permanecer en ella.

—Basta con eso, dijo el albañil osadamente, déjeme V. vivir en su casa sin pagar hasta que se presente un inquilino mejor y me comprometo á repararla y á apaciguar al espíritu que la trae revuelta. Soy un buen cristiano y podré y no me espantaría el diablo en persona, aún cuando se me presentara en la forma de un gran saco de dinero.

La oferta del honrado albañil fué aceptada con regocijo; se mudó con su familia á la casa y cumplió todos sus compromisos. Poco á poco la fué reponiendo á su primitivo estado, no se volvió á oír por la noche el retintín del oro en el cuarto del padre difunto, porque principió á oírse durante el día en los bolsillos del albañil vivo. En una palabra, prosperó rápidamente en riqueza causando la admiración del vecindario y haciéndose uno de los más acaudalados de Granada; dió grandes sumas á la Iglesia con el objeto sin duda de tranquilizar su conciencia y jamás reveló el secreto de la bóveda sino en su lecho de muerte á su hijo y heredero.

WASHINGTON IRVING.

## LA SOLUCION.

(FABULILLA.)

Pedro Ruiz, labrador acaudalado, con puntas y ribetes de abogado, y un tal Méndez, nacido en Peralejo, en la feria compraron un conejo. Como los dos formaban sociedad, pagaron el conejo por mitad, y en la huerta que el uno poseía, suelta le dieron en el mismo día. Y es claro, al animal no le supo esto mal. Corriendo por la huerta libremente, con ávido placer hincaba el diente, no dejando ni un fruto, ni una planta que no hiciera pasar por su garganta. Pedro Ruiz, de quien dejó consignado que tenía sus puntas de abogado, colérico exclamó: "ya te has caído, vas á morir por torpe y atrevido; te voy á degollar, bicho feroz, porque en una cazuela y con arroz mil veces me serás más provechoso. No creas que me ganas á goloso, y ántes que destruir mis hortalizas prefiero que mis muelas te hagan trizas." —Aguarda—replicó el de Peralejo—repara que el conejo es de los dos, pues juntos lo compramos y no soy de opinion que le comamos: quiero que viva, y cuando esté crecido venderle en el mercado bien vendido. —¿Tengo derecho á una mitad, que es mía! —¿Yo á la otra también!

—¿Qué tontería!... Sin embargo, permíteme un momento á ver si te presento alguna solucion bien meditada; que por grave y por muy enrevesada que la cuestion se ofrezca y aunque poco modesto te parezca, mi talento, de todos alabado,

de otras más enfadosas me ha sacado. Miró al cielo Ruiz, y de repente atizóse en la frente tan rudo puñetazo, que de la frente le saltó un pedazo. —Halléla al fin—gritó.—¿Qué bien decía!... Yo mato mi mitad, puesto que es mía, haces tú de la tuya lo que quieras y de ese modo, ya no habrá quimeras.—

¡Como estas soluciones dan los sabios en muchas ocasiones!

Tomás Luceño.

## EL ALCALDE DEL CIELO.

HERMANITAS ¿cómo se arreglan ustedes para mantener tanta gente?—preguntaba yo un día á la superiora de una casa de ancianos desamparados donde se albergaba medio centenar de viejos con todas las ruedas estropeadas ménos las del estómago.

—¡Oh! me contestó—tenemos un banquero muy poderoso que nos provee de todo lo necesario.

—¿Un banquero!

—Sí, señor: San José bendito; el alcalde del cielo. Mírele usted ahí con su vara en la mano. Ahora lleva colgada al cuello la cuenta de algunos miles de reales que necesitamos para ensanchar esta casa y albergar en ella más ancianos.

—¿Ave María Purísima! ¿y cuelgan ustedes al cuello del Santo los memoriales?

—Si señor. Y cuando en vez de dinero, necesitamos harina, carbon, judías, arroz, ó cualquier otro artículo hacemos lo mismo: le ponemos la muestra en un capacito, y él se encarga de traer el género á casa.

—¿Es posible? dije volviendo la cabeza para cerciorarme.

En efecto; junto á la puerta de entrada del caritativo albergue veíase una imagen de barro que representaba al benditísimo San José con el niño en los brazos y la tradicional vara florida; á su lado veíanse colocados unos puñaditos de arroz y de garbanzos, señal infalible de que escaseaba aquel artículo.

Hízome reír la piadosa estratagema, y eché mano al bolsillo para ayudar al esposo de la Virgen María á salir del compromiso; pues según me dijeron las hermanas, había casos en que para compelerle á escuchar las peticiones, le imponían apremios como pudieran hacerse con cualquier contribuyente.

El de primer grado consistía en quitarle la vara; el segundo en quitarle el niño.

—¿Y el tercero? pregunté yo.

—¡Ah! no señor; nunca dá lugar á él; contestaron las hermanitas con la mayor seguridad. En llegar los apuros al extremo cumple siempre como quien es.

—Pero en tantas casas como tienen ustedes esparcidas por el mundo, ¿no ha ocurrido nunca tener que despedir los ancianos por falta de recursos?

—Jamás. Eso no ha sucedido ni podría suceder como no fuese por culpa nuestra.

—Y con tantos establecimientos sin un céntimo de renta fija; atestados de miserables; en tiempos como estos en que el oro asustado se esconde en el centro de la tierra como un conejo; ¿no ha llegado nunca el caso de faltar el auxilio del celestial Alcalde?

—No señor. Ha sucedido algunas veces hallarnos muy apuradas; pero para esos casos extraordinarios echamos mano del último recurso. En vez de apremiar al Santo, le suplicamos, le lloramos y aun le cantamos pidiendo que nos proteja.

Entonces una hermanita, á instancias mías, recitó la cantinela que tenía la poderosa virtud de atraer los auxilios del cielo.

Por su sencillez era digna de las almas candorosas que la entonaban:

¡Oh José santo!  
¡Nuestra alegría!

Oye propicio  
Nuestra oracion.  
Oye y recibe  
Nuestras plegarias,  
Y de nosotras  
¡Ten compasion!

Aquellos versos, expresion humilde de la fé que los inspiraba, llegaron á enternecerme. Verdaderamente el Santo Patriarca debía escucharlos desde el cielo, con la sonrisa en los labios, y elevar hasta Dios recomendadas con eficacia las peticiones que en ellos le dirigían.

La hermanita me refirió entónces varios casos en los cuales se había visto palpablemente la mano del Omnipotente protegiendo á los pobres por medio del Santo carpintero.

Un invierno en Cuenca hacía un frío horroroso; el agua se congelaba en las alcazaras. Los ancianos, faltos del calor de la vida, daban los pobrecillos diente con diente buscando el fuego del hogar; no había leña, ni con que comprarla; el caso era apuradísimo.

Las hermanitas hacía las cuatro de la tarde se fueron á la capilla y comenzaron á cantar al Santo las coplejas consabidas con toda la fé de sus corazones angelicales.

Aun estaban, al parecer, en la capilla, cuando tocaron á la puerta. Era para entregar dos carros de leña regalados por una persona, que en aquella hora se había acordado que los pobres del Asilo tenían frío, y necesitaban calentarse.

A esto no faltará quien le llame casualidad, pero yo le llamo milagro. Eso de la casualidad se queda para los incrédulos y los tontos: pues para la Providencia no puede haber casualidades.

En otra ocasion me contaba la Superiora que le había ocurrido á ella un hecho parecido. No había leña en la casa en que se hallaba; cada colada costaba catorce reales: un caudalazo; aquello no podía continuar así. Hubo necesidad de encargar á San José que les proporcionase leña, á cuyo efecto le pusieron en el capacito la consabida muestra.

De allí á poco se abrían las puertas del Asilo para dar paso á cien quintales de combustibles por una parte y setenta por otra, que enviaban dos personas caritativas. Inmediatamente le quitaron el capazo al bendito carpintero, y se le dieron las gracias más expresivas.

Si se hubieran de referir todos los favores recibidos por mano del milagroso carpintero, sería el cuento de nunca acabar.

La misma Superiora siguió refiriéndome otra porcion de hechos. Unas hermanitas suyas en Santander, extraviadas en un camino cuando iban á pedir limosna, se encontraron con un hombre que llevaba una sierra al hombro, y que, despues de ayudarlas á pasar el río y orientarlas en su viaje, desapareció.

A ella misma, en otra ocasion, yendo ya muy entrada la noche, con otra hermana y el anciano que conducía el borriquillo, en direccion á una casa de campo, que decían estar muy léjos, perdieron el camino: y cuando no sabían qué hacer, oyeron hablar tras sí, y vieron á un jóven que despues de ayudar al viejo á subir al borriquillo se ofreció á acompañarlas; pocos instantes despues las ponía en la puerta de la casa que buscaban. Y no se comprende cómo pudo ser aquello, pues faltaba más de una hora para llegar á dicha casa.

¡Oh fé! ¡cuánto puedes!

Especialmente cuando te apoyas en Alcaldes tan influyentes.

Pero alguno preguntará ¿qué alcaldía es esa? ¿De dónde viene llamar á San José Alcalde del cielo?

Pues yo le diré. Ese es un cuento aérea de la influencia de San José que corre en boca del vulgo y que no deja de tener gracia.

Dicen que una vez, el glorioso Patriarca, pidió al Señor un favor muy gordo, tan gordo que el Padre Eterno repugnaba concederlo. Se trataba de no sé qué pecadorazo que á última hora se había agarrado á la vara florida, y se había empeñado en trepar por ella hasta colocarse en el reino de los cielos,

Al oír el esposo de la Virgen Santísima la negativa de Dios, dicen que se puso muy triste, y le dijo á su mujer:—María, vámonos, porque aquí ya no hace caso de nosotros el dueño de la casa.

La Virgen, como esposa humildísima, no dudó un momento en obedecer á su marido; pero al marcharse se acordó de su divino hijo, y naturalmente quiso llevárselo con ella.

—Hijo mío, le dijo; vente con tu madre, que los buenos hijos no deben separarse de las que los llevaron en sus entrañas.

Jesus bajó la cabeza, y se dispuso á marchar tambien; pero ántes, como glorioso capitán, le pareció que debía marchar acompañado de toda su gente; y cate usted aquí que en el instante empiezan á moverse todas las milicias del cielo: mártires, confesores, vírgenes, y que hasta los ángeles, arcángeles y querubines, empiezan á aletear como preparándose á levantar el vuelo.

—Pero, Pepe, exclamó el Padre Eterno; ¿qué viene á ser esto, hijo mío? ¿vas á dejarme solo? Que entre ese perdigon de tu recomendado y cuidadito con otra.

Y en efecto, el caritativo San José, ya no volvió á comprometerse... hasta que no se presentó otro desesperado que arrepentido de sus culpas se agarró tambien á la vara.

Esto, claro está que no es más que cuento de vieja, pero encierra dos grandes verdades: la primera que San José es un Santo que nunca desoye los ruegos que se le dirigen; y la segunda que su influencia con Dios es tan fuerte como los lazos que le unen á la Divina Familia.

En una palabra, que con su vara en la mano y su chavalillo al brazo es un personaje que manda mucha fuerza.

Vale la pena, pues, de aprovecharla en la época que atravesamos, colgándole un memorialito al cuello como hacen las hermanas de la caridad para decirle:

“Santo bendito; vuelve tus ojos y mira á los que nos hallamos metidos en este berengenal que se llama el mundo donde nadie se entiende, porque todos gritan y todos tienen razon; los pobres quieren acabar con los ricos porque dicen que son unos egoistas; los ricos fusilar á los pobres porque aseguran que son unos tunantes: en suma, que todos quieren arreglar el negocio quitando de en medio al vecino de enfrente sin tener en cuenta que el daño viene de adentro y que cada cual lo lleva encima. Arroja tu vara entre nosotros y danos con ella un golpe en la mollera á ver si abrimos los ojos y vemos claro que el camino, la verdad y la vida sólo tú lo llevas en tus brazos y que fuera de ese camino no hay más que muerte y desolacion.

En fin: haz una alcaldada, que te la pedimos con mucha necesidad.”

A. C. y G.

#### TEMORES DEL PECADOR.

Cercan mi corazon adormecido  
Las locas alegrías de este mundo;  
Mas en medio á las risas y los cantos  
Hay una voz solemne  
Que murmura á mi oído:  
“Has de morir,” y con temor profundo,  
Helada ya mi sangre en las arterias,  
Dejo el festin y en apartada alcoba  
Suelo entregarme á reflexiones serias.  
Si se acercase á herirme  
La dura muerte cuando  
El pecado en sus brazos me retiene,  
¡Cuánta desdicha, oh Dios, para mi alma!  
¿Y sé acaso si el alba que ya viene  
Sus luces derramando  
Sobre la tierra que el mortal habita,  
Vivo me encontrará mañana? ¿Acaso  
Verán mis ojos el postrer destello  
Del sol de hoy en su ocaso?  
Pues si vivimos ¡ay! de aquesta suerte,  
Desde hoy vive, alma mía,  
Siempre dispuesta al soplo de la muerte  
Cual si este fuese de mi muerte el día.  
1856.

#### LEYENDAS

Y

#### Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LIV

#### LA DIVINA PASTORA.

ALLA por los años de 1750 existió un lego en el Colegio Apostólico, llamado Francisco de Lazo. Este era muy amante de la Santísima Virgen bajo la advocacion de La Divina Pastora. Tantos beneficios recibió de ella, que mandó hacer su imagen de bulto y la colocó cerca de él, para entregarse diariamente á su culto y veneracion singular.

Despues de algunos años que permaneció en el citado Colegio como donado, se retiró de aquel convento fijando su residencia en el barrio de San Francisquito, llamado así, por haber allí una pequeña capilla hecha por los religiosos franciscanos del convento de recoleccion de San Buenaventura, (despues Colegio Apostólico) en la cual se veneraba á Señor San Francisco, titulándose con el diminutivo, tanto por su pequeñez, como por distinguirse del templo grande de San Francisco.

Allí en ese barrio vivía y frente á la capilla el citado lego, llevando una vida cual los monjes de la Tebaida, vestido de toscos sayal, solo y ocupado en la enseñanza de la doctrina á los hijos de los indígenas de que está compuesto el citado barrio.

En este tiempo creyó conveniente, (despues de haber llevado aquella vida,) para tranquilizar su espíritu, tomar el estado del matrimonio del cual no tuvo sucesion. Poco tiempo permaneció en ese estado; pues luego á poco murió dejando la Imagen, centro de su devocion, en la capilla citada, para veneracion pública.

D. Francisco Alday, vecino acomodado de esta ciudad, recibió de esta venerada Imagen un muy especial beneficio, por lo cual ofreció levantarle un templo digno, cuya primer piedra se colocó el 30 de Agosto de 1785, dedicándose solemnemente el templo ya concluido el 8 de Septiembre de 1786 fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, en cuya fecha desde entónces se celebra la fiesta titular.

No paró aquí la devocion del Señor Alday, sino que dotó tambien un capellan para que cuidara del culto de la veneranda reliquia.

D. Melchor de Noriega, insigne devoto suyo, frecuentaba sus visitas á esta Santa Imagen dejándole gruesas sumas para su culto en este mismo lapso de tiempo.

A tal grado llegó la veneracion de esta Imagen, que mucho tiempo fué sostenido su culto con esplendor, por los donativos de la clase alta.

Aquí como en todas las poblaciones, la clase indígena á la par que los españoles iban ocupando el centro de la ciudad, ellos se iban retirando á los suburbios, siendo éste uno de los más poblados de esta desventurada raza.

A principios de este siglo fué constituido este templo como ayuda de parroquia como hasta hoy lo es, llevando el teniente cura su reglamento en materia de derechos parroquiales, arreglado al arancel de los indios.

Todavía en estos tiempos se suelen encontrar en lo más apartado de este barrio y en medio de la oscuridad de la noche, las reuniones espíritas, alimentadas por las sonatas que producen las guitarras de armadillo y las fogatas de mariguana, sirviendo de mediums figuras bastante defectuosas de barro, trapo ó madera, recibiendo perfumes producidos por el copal y alucema.

El turista que desee conocer las costumbres y trajes típicos de esta raza, que ocurra anualmente á las fiestas del 8 de Septiembre,

y se convencerá que á pesar de lo avanzado de los tiempos, los indígenas de este barrio aún conservan sus mismos trajes, cantos y costumbres de sus primitivos tiempos.

Poco ha todavía el día de la fiesta recorrian la ciudad las danzas de pequeñuelos elegantemente vestidos y los comparsas de chichimecas con sus vistosos plumeros, banderas y trajes, llevando por delante unos máscaras la cosa más ridícula que yo he conocido.

Hoy ya no sale tampoco eso que llamaban *Mogiganga* y que consistía en cierto número de hombres vestidos de mujeres en burro, llevando canastas con viandas, fruta, etc.

En cuanto á la fiesta religiosa, desgraciadamente hoy ya no es ni sombra de lo que fué en sus primitivos tiempos; consecuencia del decaimiento del culto y veneracion á la Santa Imágen, herencia de nuestros antepasados.

SONETO.

No en la terrible lid donde chorrea  
Vino de sangre en el festin de muerte,  
Donde cayó más de una vez inerte  
Quien vencido jamás fué en la pelea.  
No á los fulgores del vivac que humea...  
Tú naciste á la gloria, varon fuerte,  
Cuando la Patria pudo conocerte  
En los gloriosos campos de la idea.  
Cuando Colombia duerme, en tu retiro  
Velas por ella con cariño raro  
Y á tu sabia política das giro.  
Tus leyes para el pueblo son amparo,  
Sabes parar de la ambicion el tiro  
Y es hoy tu nombre para todos caro.

Ernesto O. Palacio.

Bucaramanga, [Colombia,] Marzo 29 de 1897.

FIESTAS DEL MES.

¡SAN JOSE!

Quantos Santos venera en sus altares el catolicismo el más popular sin duda y el más querido, despues de María, es San José.

Mirad: en todas las casas se celebra fiesta el 19 de Marzo, porque en todas hay quien lleve este nombre bendito.

Menudean los Pépes y Pepas con una profusion que asombra. Gritad con uno de estos nombres en medio de la plaza pública, y os responderán y se considerarán llamados la mayor parte de los concurrentes.

San José, el padre, el trabajador, el carpintero es la personificacion de la santa y noble democracia del catolicismo, que ha hecho aceptar como un héroe por los sabios, los aristócratas y los poderosos á ese oscurísimo plebeyo que tiene por únicos blasones la sierra y el cepillo.

Dios mismo fué quien empezó esta glorificacion sublime del trabajo manual y de la pobreza cristiana escogiendo para esposo de la Inmaculada niña María, y para ayó de su unigénito Jesus, al pobrecito jornalero de Nazaret.

No buscó sabios como Salomon, ni guerreros como Josué, ni conquistadores como Alejandro, ni grandes políticos como Augusto, ni soberbios opulentos como Creso. Pobrecito quísole, y llano y humilde y de la masa comun: en un taller de menestral le fué á buscar; allí lo encontró, toscas las manos, coronada de sudor la frente, rico de virtudes, pero nada más. Lejanos ascendientes de sangre real... pero esta distincion de raza, olvidada ya y oscurecida tal vez, para mayor humillacion y abatimiento. De Dios, de Dios ha salido esta primera glorificacion de la pobreza y del jornal. Cristo besó aquellas manos encallecidas, y reposó su cabeza bajo la grosera capa de aquel jornalero.

Y la Iglesia es quien ha perpetuado esta

tradicion gloriosa loando como uno de sus primeros héroes á este oscuro trabajador.

Y cuando asediada de enemigos, rodeada de tribulaciones se ha visto obligada á invocar un protector, instintivamente se han dirigido sus ojos y sus gemidos, ántes que á los valerosos reyes y grandes capitanes que ha colocado tambien en sus altares, ántes que á los Fernandos, Luises, Estébanes, Canutos y Hermenegildos, ántes que á los héroes de la espada y de la corona, á ese mansísimo soldado del báculo y del escoplo! ¡La Iglesia ha seguido el ejemplo de Dios! ¡Ha escogido para protector de Jesus y de su fé al pobre y al débil! ¡Qué ponderacion podría hablar más alto que estos ejemplos!

¡Bien lo comprende el pueblo cristiano, bien se le conoce en el amor, en la devocion, en el tiernísimo afecto de que se ve rodeado en su fiesta el mansísimo Carpintero!

Todos los pobres se ven hoy honrados en este pobre; todos los jornaleros se ven hoy glorificados en este oscuro jornalero. El trabajo manual, la condicion modesta del proletario que el mundo llama ordinaria, son colocados en José bajo doseles de oro y ensalzados con los cánticos del santuario.

Todos han de aprender aquí, los menospreciadores del pobre no menos que sus aduladores. Los que le pisotean con orgullo como los que con sus predicaciones satánicas atizan su furor.

¡Quién es el verdadero amigo del jornalero? La Iglesia católica, que en San José le ofrece como compendiadas las precedentes reflexiones.

LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA.

Decretada por la Santísima Trinidad la Encarnacion de la segunda Persona de ella para remedio del género humano, cuando llegaron los tiempos señalados para la realizacion de tan augusto misterio, fué enviado un Angel á una doncella llamada María que habitaba en Nazaret, desposada con un varon de la tribu de David llamado José. Tal era la escogida desde toda la eternidad para madre del Verbo hecho hombre. Saludóla el Angel llamándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. Asustóse la doncella en su profunda humildad, y tranquilizóla él exponiéndole el objeto de la celestial embajada. Opuso todavía ella el reparo de su voto virginal, y satisfecha tambien esta última delicadísima duda dió al fin su consentimiento con aquellas palabras para siempre memorables: "Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí conforme has dicho."

En aquel punto y hora aposentóse en sus castísimas entrañas el Verbo de Dios, empezando á formarse de su sangre virginal el cuerpo humano con que debía aparecer á los nueve meses entre nosotros en el portal de Belen. Desde aquel instante fué ya toda la vida de María un éxtasis de amor, desarrollábase y crecía en su seno aquel fruto precioso, y desarrollábase y crecía á la par en ella la gracia celestial y la santidad más elevada. Sagrario viviente, custodia animada, altar escogido del mismo Dios, cada palpacion suya, cada aliento, era como un homenaje tributado á la Suprema Deidad que en ella personalmente habitaba, y que la honraba con el suavísimo y glorioso carácter de verdadera Madre suya.

La humilde casita de Nazaret, donde tuvo lugar el inefable misterio que celebramos este mes, fué milagrosamente trasladada á Italia, Estados del Papa, y con los magníficos edificios con que la ha rodeado la piedad de los fieles forma hoy el renombrado santuario de Loreto.

F. S. y S.

¡ACUERDATE DE MÍ!

¡Acuérdate de mí! cuando en el cielo  
A ofuscarse comienzen las estrellas,

Y radiante la aurora en Oriente  
Con su manto de rosa aparezca.  
¡Acuérdate de mí! cuando contemples  
El sol que se hunde en el Ocaso,  
Tiñendo suavemente el horizonte  
Con su poética luz de oro y topacio.

Si la ausencia con su férrea mano  
De tu lado me aleja alguna vez,  
Escucharás entre el murmullo de las auras,  
Mis suspiros de amor que te enviaré.

Y en las noches silenciosas y calladas,  
Cuando brille la luna en el zafir,  
A tu lado, muy quedo una voz suave,  
¡Acuérdate de mí! murmurará.

Mibry Harry.

EL CULTO EXTERIOR.

Cuéntase que un literato lleno de sentido comun, y, por consiguiente, conforme con todo lo que enseña y manda la Santa Iglesia católica, recibió una vez la visita de una señora que se preciaba de filósofa.

Comenzó ésta á desarrollar sus teorías diciendo al literato, que acababa de llegar de paseo:

—La religion es buena: no se puede negar; pero ¿para qué el culto exterior?... ¿Para qué las ceremonias de la Iglesia? Dios es espíritu, y no necesita cosas materiales. ¿Acaso Dios se ve más honrado porque le queman incienso, ó le encienden velas, y le cantan himnos y le hacen genuflexiones?

El literato le quiso dar una buena leccion Sin hacer caso á lo que decía ni contestarle palabra, se sacó la levita, quedándose en mangas de camisa; luego tiró las botas y púsose las zapatillas....

La señora le miraba de mala gana, y con todo seguía defendiendo su tesis.

El literato tomó una pipa, la llenó de tabaco y le prendió fuego; despues se recostó en una butaca, cruzando las piernas, y se puso á fumar sin hacer caso de la cotorra.

Esta, indignada de ver sus modales, se levantó furiosa y le dijo:

—Usted me está insultando. No tiene Vd. la menor educacion.... ¿Cómo se puede comportar tan groseramente delante de una señora?

—Dispense usted,—contestó el literato.—Yo la aprecio á usted mucho; pero, segun las teorías de usted, he creído excusado tributarle *culto exterior*: basta el respeto interior que le profeso.....

TENTACION.

Hay un árbol precioso: El manzanillo  
Ostentan raro brillo  
Sus gruesas hojas de color de pámpano,  
Rico aroma despide su follaje,  
Y entre el verde ramaje  
Cuelgan racimos de doradas frutas.  
Ningun pájaro en él forma su nido,  
A su sombra la grama se marchita,  
Y aunque su fruto tentador incita  
Por gorriones jamás picado ha sido.  
¡.... Pobre del caminante fatigado  
Que á la sombra del árbol venenoso  
Vaya á buscar reposo,  
O que llegare, osado,  
A probar aquel fruto tan precioso.  
Letal veneno que que despide el árbol,  
Letal veneno que su jugo encierra,  
Harán caer al caminante en tierra,  
El rostro amoratado,  
Negra sangre lanzando de la boca,  
Sintiendo el ansia loca  
Del que lleva un incendio en las entrañas!

.....  
.....  
¡Cuántas veces la sombra protectora  
Que al placer y al descanso nos convida,  
Es la del manzanillo corruptora  
Que envenena por siempre nuestra vida!  
[Colombia.]

Ernesto O. Palacio,